

PRECEDENTE LEGAL

Luis Alberto del Castillo / Gonzalo Sandro del Castillo



El juez Braxham había sido asesinado de una manera poco usual. Destazado en su propio domicilio.

Al teniente de homicidios Américo V. –Vespucio, claro, decía siempre a los que le preguntaban por la V– Portofino, el caso estaba empezando a atragantársele. De buena gana mandaría todo al diablo, pero Nueva York es una ciudad muy fría para el que no tiene un sueldo. Además, el distrito de Queens solía ser tranquilo; no en balde era el área residencial de las gentes VIP, con cuentas corrientes de seis cifras para arriba. Portofino tenía 27 años de edad, una paga no despreciable, llevaba una buena carrera en la policía y estaba adscrito a uno de los Precintos más codiciados de la ciudad. Se cometían pocos delitos de sangre y el teniente hubiera jurado sobre una montaña de biblias que en su distrito era imposible que se cometiera un crimen brutal.

Bueno, eso era la semana pasada. Desde el jueves anterior, concretamente, Portofino no hubiera jurado ya ni sobre una biblia apócrifa. No, Después de que por razones del servicio le tocará ir a la casa del juez Braxham.

Aquel jueves, fatídico jueves, Américo V. Portofino llevaba seis horas y media de servicio y se disponía a bajar a la pizzería de la esquina, cuando el sargento Owens le avisó:

– Teniente, Gutiérrez le llama. Dice que es urgente. Habla no se qué de un juez... La verdad es que no le entiendo nada. Está muy nervioso. ¿Le paso la llamada?

– A ver, dame el teléfono; hablaré desde aquí. Bueno, Gutiérrez, ¿qué pasa? Procure ser breve que me voy a almorzar. Como... ¿El juez Braxham? Esperen ahí. Tranquilícese y no toque nada. ¿Que no piensa tocar nada? Correcto; no se preocupe, no me lo cuente si no puede, ya lo veré yo. Bien enseguida estoy ahí. Cae a unas tres cuerdas, ¿no? Bien, ahora voy; el tiempo de comprar una hamburguesa y estoy con usted. Tome, sargento.

El sargento Owens le miró interrogante.

– Nada, parece que han liquidado a un juez, el honorable Peter J. Braxham. Aquí tiene la dirección; avise al forense y a los de huellas. Me tomaré la hamburguesa mientras me acerco hasta allí. Gutiérrez estaba muy nervioso.

– Sí, apenas le entendí.

– A mí también me costó. *Ciao*, sargento.

Portofino engulló la hamburguesa atento a la conducción y a la localización de la casa del asesinado.

Por lo que pudo entenderle a Gutiérrez, que le esperaba en la puerta con un color verde ceniza inundándole la cara, el cadáver lo había descubierto el ama de llaves hacía cosa de una hora y media.

– ¿Cómo ha tardado tanto en avisar?

– Verá, señor –respondió quedamente Gutiérrez–, la señora Priesley se desmayó, debió de estar algunos minutos inconsciente; después salió chillando a la calle hasta encontrarme. Yo estaba haciendo mi ronda, ¿sabe? Vine enseguida y...

– ¿Qué hora era?

– Pues no lo sé, señor.

–¡Pero, hombre, Gutiérrez, no puede hacer mucho! No han pasado más de quince minutos desde que me llamó. Bueno, pongamos que era la una y treinta de la tarde.

– Siento corregirle, señor, pero era más cerca de las doce y media que de la una y media.

– ¡Pero...!

– Teniente, le presento a la señora Priesley, el ama de llaves del juez Braxham. Ella, como le decía, fue quien descubrió el cadáver.

La señora Priesley respondía al arquetipo del ama de llaves: bajita, regordeta, con el pelo cano recogido austeramente y la cara bondadosa; aunque al igual que la de Gutiérrez, de un extraño color ceniza.

Si al agente Gutiérrez costaba trabajo entenderle, con el ama de llaves cualquier esfuerzo fracasaba rotundamente. Así que el teniente optó por subir al dormitorio de la víctima.

Desde aquel jueves, tremendo jueves, Américo V. –Vespucio, claro– Portofino aborreció en lo más profundo de su estómago y de su mente las hamburguesas, albóndigas, croquetas, chiles, salchichas, pizzas y demás picadillos y carnes en general. La rica alfombra –de más de mil dólares, pensó Portofino, mientras echaba mil hamburguesas– recibió el tributo del tercer visitante.

Sobre el lecho de sábanas enrojecidas reposaba una máquina de carnicero. Una maravilla de máquina, de esas que la propaganda pinta metiendo un cerdito que rabia por un lado y saliendo por el otro preciosas salchichas. Todo muy aséptico y automatizado. Brillante y cromado.

En al mesilla de noche y sobre la escribanía del rincón de la izquierda estaban las bandejas de carnicería. Allí, perfectamente clasificado y tarifado por pedazos, estaba el juez Braxham.

Portofino se desmayó. Por la tarde supo que también Gutiérrez se había desmayado, lo que explicaba su tardanza en llegar al Precinto. El fotógrafo y los dos especialistas de huellas vomitaron también, se desmayaron y se pusieron verde ceniza. El único que no vomitó fue el forense. Tampoco se desmayó, pero Portofino lo vio ponerse verde carbón, cosa que no le extrañó demasiado porque ya se había visto a sí mismo en el espejo del cuarto de baño.

El juez Braxham era viudo y su único hijo era un brillante congresista, miembro de la Cámara de Representantes por un distrito de Albany.

Portofino estaba ya del caso del «Carnicero a domicilio», como lo había bautizado la prensa, del brillante político, hijo de la víctima, del viejo capitán Arkan, del alcalde y de la madre que parió al asesino, hasta los mismísimos...

No había huellas. La máquina de destazar se podía adquirir en cualquier comercio del ramo. El forense se había atrevido a fijar la hora de la muerte entre las seis y las ocho de la mañana. El ama de llaves libraba el miércoles y había pasado el día en Heboken con una hermana soltera. Regresó al mediodía del jueves para preparar el almuerzo a Su Señoría. Extrañada de no verlo en la biblioteca tomando su aperitivo, subió a la habitación por si se sintiera indispuerto. La indisposición, como ya era del dominio público, fue permanente.

El juez no tenía enemigos. Durante treinta y cinco años de ejercer como tal no había condenado a nadie a muerte, ni siquiera a una pena superior a diez años de presidio. No se le conocían líos de faldas –había enviudado diez años antes–, no estaba mezclado en política, no jugaba a la bolsa

ni se le conocían conexiones con ningún tipo de negocio, legal o de los otros. Vivía con riqueza, en fin, gracias a las espléndidas rentas que le habían dejado sus padres.

De la casa no faltaba ni un cenicero de cristal de Murano. El asesino no había destrozado nada –bueno, si se excluye al juez–, ni removido muebles, ni rebuscado en el dormitorio ni en la biblioteca. Toda la casa estaba en orden impoluto. Los únicos deterioros causados habían sido la sangre que empapó el lecho y los remites del ama de llaves y el personal de la policía, que habían arruinado –Portofino se ruborizaba cada vez que lo recordaba– una alfombra persa legítima que se valoró en 6.000 dólares. Y por si fuera poco, ningún vecino había visto ni oído nada.

Así pues, aquel jueves, primero desde el jueves anterior, como dicen los de la Curia, Américo Vespucio Portofino, teniente de homicidios, de 27 años, soltero, tímido, introvertido, aborrecedor de toda clase de carne, estaba considerando seriamente la posibilidad de ir a una sex-shop de la 42 y adquirir una baby-doll con la que emborracharse y olvidar a todos los carniceros del mundo. Y, ciertamente, hubiera acabado con un paquete bajo el brazo, camino de su casa, si no le llama el sargento Owens por el intercomunicador.

– Teniente, aquí hay un tipo raro que pregunta por el jefe que lleva el caso del carnicero a domicilio.

– ¡Por Dios, Owens! Haga el favor de no...

– Perdón, teniente. Dice que sabe quién cometió el crimen.

– Oiga, sargento. En ocho días llevamos recibidas veintidós visitas de chiflados y más de mil llamadas de locos, vesánicos, morbosos, sádicos, perversos sexuales y no sé cuántas porquerías más. Llevo ocho noches sin pegar ojo, sueño despierto con esa maldita máquina... ¡Basta, estoy hasta el carajo y me voy ahora mismo a mi casa!

– ¡Pero, teniente...!

Portofino dio un manotazo al intercomunicador, cogió su sombrero y abandonó su despacho y el Precinto a todo gas.

Al montarse en su coche pensó que un paseo hasta Battery Park quizá le tranquilizaría los nervios. Después me iré al Village, se dijo, y a lo mejor ligo a una poetisa flacucha y acabamos la noche juntos.

Abstraído en tan halagüeña perspectiva se saltó un semáforo en rojo. Resultado: fractura de la base del cráneo, la pierna derecha hecha un desastre y el coche a la chatarra.

Cuando recobró la consciencia, tres días después del accidente, el viejo capitán Arkan le informó cariñosamente de la resolución del «Caso Braxham» (tuvo la delicadeza de denominarlo «Caso Braxham» y no del «Carnicero a domicilio»). El asesino era un poeta de la vieja generación.

– Sí, de esos del Village, sabes, y lo gracioso del caso es que fue a verte para confesar su crimen pero tú no quisiste ni verlo. Saliste a escape y, claro, te arreaste la leche.

Américo V. –de Vespucio, claro– Portofino se sintió con ganas de morir. Un caso que le trae loco cuando... ¡Oh, Dios!, pensó, ¿Por qué no le ocurre esto a Colombo o a Kojak? ¡Tenía que sucederme a mí!

– ... pues resulta –proseguía el capitán Arkan con su voz de grillo afónica– que Innes le tomó la declaración de cabo a rabo y el tío la firmó. Imagínate: lo fue destazando poco a poco, lo mantuvo vivo durante casi toda la operación. Dijo que quería que el juez se diera cuenta, con todas las fibras de su ser, de lo buenas que son las máquinas.

– Pero ¿y el móvil? –articuló a través de sus semiencajadas mandíbulas Portofino.

– ¡Ah, el móvil! Increíble, muchacho, increíble. Figúrate que el juez Braxham hace unos años condenó a un tipo al pago de una multa por liarse a tiros con una máquina expendedora, una de esas que te dan goma de mascar o tabaco cuando le echas unas monedas. Por lo visto la máquina en cuestión estaba averiada y no sólo no le dio tabaco, sino que además se quedó con el dinero.

– Pero, pero... –gimió el teniente– ¿Por haberle puesto una multa lo asesinó de esa manera...?

– No, ¡que va! Si ahí viene lo bueno. El tío que le hizo el trabajo fino al juez no fue el que destrozó la máquina a tiros, no. La cosa es para perder la cabeza. El tal Chase, el poeta, hizo el trabajito porque estimaba que el juez había sentado un precedente legal muy peligroso para la humanidad. Estimaba que no se puede condenar a un hombre que destruye una máquina aunque la sentencia invoque que fue por “haber perturbado la tranquilidad ciudadana”.

– ¡Oh, Dios!

– Sí, sólo Dios sabe adónde vamos a ir a parar. Tíos que destruyen máquinas tragaperras, jueces que los condenan por matar a nuestras hermanas las máquinas y llaneros solitarios que se ponen a descuartizar a los jueces en defensa de la humanidad y en contra de las máquinas. No sé. A veces me alegro de tener tan próxima la jubilación. Cada vez entiendo menos esto.

Américo Vespucio Portofino corroboró escuetamente:

– Yo tampoco lo entiendo.

Y ya no habló más durante el resto de la visita del capitán Arkan. Pero su mente no cesó un instante de inquirir a los dioses del cielo y del infierno.

Inmerso en los pliegues profundos de su cerebro, remontado a los cálidos pensamientos de su niñez, apenas lo notó cuando la enfermera le inyectaba el vial de las seis de la tarde.

Cuando la joven le arreglaba las cobijas del lecho, Américo abrió los ojos y musitó:

–Enfermera, por favor, ¿me deja que le toque los pechos?